

*Esse maldito **pasillo**  
que nos llama desde  
el inconsciente*



Tema del mes

Por Alfonso Espinosa  
Foto por © Frank Bauer / Corbis

Al Mauricio Proaño el tiempo le quedaba corto. Con su guitarra en la mano, con papel y lápiz, buscaba en la memoria, en el alma. La primera decía a la segunda y desde el recuerdo infantil le llegaba la voz de su abuelita Lidia cantando pasillos. Ahora que la mayor —su referencia, su afecto mayor, su dos veces mamá— estaba alistando el último tránsito en la cama de un hospital, él no quería que le pasara eso de quedarse con cosas sin decirle. Para decirle todo a su abuela manabita, todo de una sola vez, escribió *Nostalgia costeña*. La vida es, a veces, buena gente y el guitarrista, nacido en Quito en 1975, alcanzó a tocarle a su abuelita esos compases de tres por cuatro junto a la cama en la última despedida.

Los ojos se le cargan de recuerdo al artista en un café de La Mariscal. Sus intereses de músico iban por otra parte pero, como a muchos compositores y creadores que saben callar y escuchar, la tradición lo fue buscando hasta que lo halló y halló en él cómo reencarnarse.

A Gonzalo Benítez, fallecido en 2005, la cosa se le había dado más o menos igual: hijo de Ulpiano Benítez, compositor de yaravíes bellos como *Puñales*, destacó desde chico por su voz; luego cantó “música internacional”, tangos y ritmos de Brasil. Ya juntado con Luis Alberto “Potolo” Valencia —aún colegiales en el Juan Montalvo—, decidió que lo mejor era hacer lo que ya entonces (1930, más o menos) se llamaba “música nacional”. El dúo que ambos formaron es uno de los más prolíficos y mejores en la historia de la interpretación del pasillo. Junto a Carlota Jaramillo y, más tarde, JJ, fijaron para siempre muchas de las interpretaciones del género.

Al Pedro Granda, del grupo Quimera, le costó cogerle afecto a este género que, igual que el dramaturgo

Peky Andino Moscoso, sentía demasiado sufridor. (Ya les ha de venir a jalar las patas don Gonzalo, a decirles que el pasillo no es triste, sino sentimental nomás, evocador). Pese a que estuviera regado de llanto, ese árbol fue el que a la cantante María José Tejada —nieta del pintor— le dio buena sombra y, más importante, raíces sólidas, cuando el destino la puso en Francia y el canto le daba de comer. Pero ha de ser de ir en orden, para contar lo del pasillo. Es una historia linda.

### En el principio era el baile

En el principio, en realidad, fue la guerra. El comienzo de todo tiene que ver con esos llaneros venezolanos que el idealista Simón Bolívar —el libertario de la *Carta de Jamaica*, no el “Longanizo” al que echaron de “su” Gran Colombia— levantó para luchar por esa cosa llamada independencia. “Los soldados tenían su fusil o su arcabuz o su bayoneta... y su guitarra”, anota, en su casa-estudio-biblioteca, Marco Chiriboga, como si los hubiera visto, aunque confiesa tener solo 68 años.

Este quiteño todoterreno —compositor, radiodifusor, investigador, polemista, impresor, poeta— hace una genealogía que presenta al pasillo, aún de pantalón corto, como nieto del *lied* alemán y del vals centroeuropeo. Esos parentescos los reconocen también investigadores como Alejandro Pro Meneses y los importantes estudios de Pablo Guerrero y Juan Mullo.

Este último da una clave de por qué cambió ese aire alegre, que se bailaba en pasitos cortos —de ahí parece que le viene el nombre: pasitos, pasillos— hacia esta canción sentimental: es que se cruzó con el yaraví andino, bajó el *tempo*, se entristeció un poco. Porque en el principio era el baile: para bailar y sin letra eran los primeros pasillos,

que se tocaban al piano o con bandas de guerra, que era la formación musical más común a finales de 1800.

El Adrián de la Torre, charlando cerquita de San Agustín ahora que trabaja en el Municipio quiteño, anota que ya desde esos días de 1870 y tanto se empiezan a dar dos modos del pasillo: uno brillante, “de salón”, interpretado con piano, y otro, popular, “callejero”, tocado con guitarra. (Notará el lector que no nombramos al requinto, que es un invento nuevo: ya mismo veremos cómo llegó acá).

### En los pasillos del... Conservatorio

Los primeros autores y autoras de pasillos eran músicos que se formaban en manos casi siempre italianas, en el Conservatorio fundado por García Moreno. Estos compositores eran gente de ciudad o establecida en la ciudad, mestizos que tenían dificultad para reconocerse en la música “de los indios”, que eran el yaraví y el sanjuán (este último, para De la Torre, es el gran género de la música ecuatoriana).

Ya puestos a ser independientes, tampoco querían hacer solo música europea. ¿Qué hicieron, entonces, para hacer algo propio? Cogieron el vals, que en Perú ya ganaba carta de identidad propia y que en Colombia se cruzó con negros y se hizo bambuco, lo mezclaron con el yaraví y les nació esa forma musical que caracteriza al Ecuador.

Aunque políticamente correcto y antropológicamente razonado, el Pablo Guerrero nos hace acuerdo de la multiculturalidad y plurinacionalidad del país (¿qué será el pasillo para un taromenane, un shuar o un saraguro?), pero también es cierto que los mestizos y mestizas somos los más: a diferencia de nuestros compatriotas que se reconocen en la selva, la cerbatana o el

poncho, nosotros, los mezcladitos, los café con leche, no teníamos tanto signo propio. Y el pasillo logró cruzar Costa y Sierra —el Oriente estaba despoblado—, habitar en los salones con piano y en las cantinas con guitarra, ser música de concierto y de serenata.

### Sensibilidad decapitada

Cuando el siglo XX aterrizaba, algo tarde, en esta tierra, en forma de poemas modernistas, la forma del pasillo canción se consolidó.



Porque antes de ser evocativo y sentimental, el pasillo tuvo hasta temas patrióticos en las letras, y había “pasillos de reto” que enfrentaban, como en el caso de los payadores argentinos o de los amorfinos manabitas, a dos contendientes: queda de esta línea el *Petita Pontón* (de origen colombiano, al parecer), que María Tejada grabó hace pocos años. Pero es con esos poemas de amor, con esos reclamos y festejos a la amada, con los que mejor se va a amistar la nueva forma musical.

Ricardo Gutiérrez anota con razón que no son más tristes los pasillos que los tangos ni que los boleros: son más hondos y reflejan esa capacidad de... *Reir llorando*. El título del célebre pasillo de Carlos Amable Ortiz le sirve para resumir cómo comprende el alma pasillera. El ‘Pete’ Gutiérrez Cárdenas, a quien le robamos una hora hueca entre dos de las clases que dicta en el colegio San Gabriel, asegura que si no se sabe disfrutar del llanto, la risa no es completa. Actualmente, este quiteño de la camada del 77 (¿quién dijo

Iza.: Olga Gutiérrez, Héctor Jaramillo y Víctor Galarza: Los Brillantes con trajes típicos. ABAJO: Orquestas como los Hnos. Granja tocaban pasillos para bailar hacia 1940.

que el pasillo es para los jubilados de la Plaza Grande nomás?) conduce el programa *Primero lo nuestro*, que se pasa por Ecuashyri.

Y habría que preguntarse si fue primero el huevo o la gallina: ¿el pasillo signó de tristeza al alma nacional o ya había una nostalgia genética, que afloró en la música y los poemas, como defendía la poeta cuencana Mary Corylé hacia 1922? El hecho es que los poemas “decapitados” y románticos tardíos calzaron como guante encargado en esa música. La documentación más antigua sobre una letra sentimental la ubica una investigación del Pablo Guerrero poco después de 1877 en los versos de *Los ayes*, atribuidos a un poeta de apellido Ramos, tempranamente fallecido. La canción fue un éxito de aquel fin de siglo y un anuncio de lo que estaba por venir. El sello RCA Victor ofrecía, en sus catálogos de 1913 y 1920, pasillos ecuatorianos.

A continuación, en pleno auge del modernismo poético, poemas de Medardo Ángel Silva o Arturo Borja, así como del colombiano Julio Flores o de la mexicana Rosario Sansores, serán musicalizados en forma de pasillos. José Alvarado, llamado “El Diablo Ocioso”, en dúo con el célebre “Turco” Nicasio Safadi, harán dúo para grabar discos de pizarra con esos temas.

En el estudio publicado con motivo de la exposición organizada en 2005 por el Museo de la Ciudad, de Quito, Guerrero y Mullo recuerdan que ese abreviar en la “alta” poesía tuvo que ver con una disputa, ya presente entonces, entre un pasillo más fino y sensible y otro más puñalero, menos acabado, que con el tiempo tendría su propia forma en la rocola.

Compositores como Carlos Amable Ortiz, José Ignacio Canelos, Carlos Brito y, sobre todo, el prolífico Francisco



Paredes Herrera (llegan a atribuírsele más de 800 piezas al Príncipe del Pasillo, autor de la música de *Alma en los labios*, que Feraud Guzmán distribuía en rollos de pianola) recurrieron a los versos de Hugo Moncayo, José María Egas o Ernesto Noboa y Caamaño para sus composiciones. Son esas obras las hijas predilectas de aquel pasillo brillante, pianístico, elegante, que resultaba aceptable para las gentes pudientes y la aristocracia de medio pelo de la república de entonces.

#### Rocola antes de la rocola

Por debajo de los salones alumbrados con briseros de cristal de Bacarat, en zaguanes y cantinas, circulaban pasillos menos sofisticados en lo musical y en lo lírico. Víctor Manuel Valencia, por ejemplo, dejaba ya escrita la célebre *Diseción*: "Siguieron los doctores otra huella/ fueron tras la sangre de mis venas./ Ni una gota encontraron, pues con ella/ formé la tinta que escribió mis penas".

Si en los salones mandaba el piano, en los *murcielagarios* de La Ronda, de La Tola y de San Roque era la guitarra la que dominaba. Lo de ser noctámbulos, alcohólicos, drogados inclusive —diario *El Comercio* alertaba sobre la "lepra blanca" que era la morfina en los años 20— tenía que ver con su alma de vampiros. Esta idea de los vampiros es de Pancho Prado, que ha coqueteado con el pasillo y en 1991, acordándose del abuelo que cogía la guitarra para tocar y silbar pasillos cuando estaba atribulado, le hizo una versión linda de *Lamparilla*.

Había una cantina tal vez más célebre que otras, en la León y Olmedo, en La Tola. Era la hueca del compadre Angelito: como en ese barrio al oriente del centro vivían muchos músicos, el sitio era punto de reunión de los

ARRIBA: Bolívar "El Pollo" Ortiz, Gonzalo Benítez y Luis Alberto "Potolo" Valencia.

CENTRO: Carlota Jaramillo impuso un estilo dramático para la interpretación del pasillo.

ABAJO: Los Reales, encabezados por Homero Hidrovo, Consuelo Vargas y Eduardo Erazo.

Hidrovo (Marco Tulio y su hijo Homero y su hermano Carlos Armando), del "Potolo" Valencia, el "Ciego" Guaña, de las Mendoza Suasti... "El Pollo" Bolívar Ortiz (que acompañó con su guitarra hasta 1968 a los Benítez y Valencia), daba el número de ahí para que lo ubicaran, porque en la casa no tenía teléfono...

#### Entre tres es más bonito

Los dúos dominaron la primera mitad del siglo XX: dos guitarras y dos voces. Un guitarrista más dotado y talentoso "bordoneaba" el pasillo: lo adornaba, jugando especialmente con los bajos de la guitarra en los pasos de un acorde a otro. Este estilo era, por ejemplo, el del "Pollo" Ortiz, quien hizo dúo con Gonzalo Benítez cuando el "Potolo" no acababa nunca de graduarse de normalista. Safadi, con Enrique Ibáñez, formaron el dúo Ecuador, que en 1930 hizo una de las primeras grabaciones internacionales de un pasillo, en Estados Unidos, con auspicio de Juan Domingo Feraud Guzmán. Por cierto, fue *Guayaquil de mis amores*. Los Benítez y Valencia, las Mendoza Suasti, los Villavicencio Páez, los Hermanos Guerra... todos dúos.

Desde los años 50 se impone más bien el modelo del trío, bajo influencia de los boleristas mexicanos. Los Brillantes y Los Reales, Los Latinos del Ande y Los Embajadores apostarán por esta formación e incorporarán, gracias al virtuosísimo guitarrista Homero Hidrovo, el requinto. Esta forma "abolerada" de interpretar el pasillo se siente también en Julio Jaramillo Laurido,



cuya fecha de nacimiento, el 1 de octubre, fue declarada Día del Pasillo Ecuatoriano.

Julio Jaramillo, con el requinto de Rosalino Quintero, internacionalizó la música nacional.



Los Miño Naranjo entraron al canon con su inmejorable versión del pasillo *Tú y yo*.



### Años dorados y silencio

Hasta la década de 1970, el pasillo es la música más difundida y consumida por la población urbana. Es la música por antonomasia, la canción para enamorar y para celebrar el despecho, para conquistar y para vomitar

el rencor amoroso. El gran tema es el amor, pero a través de ese asunto universal se ventilan inquietudes existenciales y el estupor ante la vida que no cesa.

Luego hay una ruptura. Las ciudades crecen cada vez más, aparecen más emisoras de radio. No todas tienen, como radio El Prado de Riobamba (que durante los treinta y cuarenta fue la gran radio del país, incluso desde allí se transmitió al mundo la noticia de la muerte de Gardel en 1936) o Radio Quito recursos para contratar artistas como Carlota Jaramillo o los Benítez y Valencia para que canten en vivo. La solución, que ahora es la norma, fue empezar a reventar discos que los sellos internacionales enviaban para su difusión.

El rock, la cumbia y la salsa desplazan al pasillo, al albazo y hasta al bolero. Para los pelilargos de los años setenta, esa música era cosa vieja, qué mejor si se dejaba atrás, como las casas del centro, como el arte colonial que terminó en desvanes (cuando no en las valijas de comedidos diplomáticos), como todo signo que oliera a pueblo, a ruralidad, a agricultura.

Obsesionada con su desarrollo económico e industrial, la nueva burguesía desdeña al pasillo y lo abandona a su suerte: casos como el del guitarrista Terry Pazmiño, cultor virtuoso del género, se vuelven excepcionales. El género sobrevivirá, durante los setenta y ochenta, en las cantinas y en la rocola, que la "gente fina" mira ya con desprecio. Aunque la muerte de JJ lo convertirá en un clásico y significará un relanzamiento temporal del género en los sectores medios.

Los importantes estudios de Wilma Granda y Ketty Wong son esclarecedores sobre éste y otros aspectos de la vida del pasillo en la sociedad ecuatoriana.

## La vuelta del músico

De nuevo llegó el fin de siglo con una crisis de identidad. Si en el XIX las montoneras del liberalismo agitaban el avispero, en el final de 1900, fueron los levantamientos indígenas los que sacaron de su modorra consuetudinaria al Ecuador.

Ellos, los indios, se reconocían y se celebraban en su wipala, en escribir kichwa así, con k y w, en su Conaie, en el Lucho Macas. ¿Y nos? ¿Con el

yahuarlocro para la obra teatral *Ceremonia con sangre* (el Paúl también versionó *Invernal* para una pieza del grupo Contraelviento en el 94). Y los Quimera, a tres guitarras y con la espléndida voz de Patricia Rameix, recuperaron una elegancia que en años no había tenido el género; otro tanto hizo María Tejada junto a su esposo, el guitarrista francés Donald Régnier.

Juan Fernando Velasco, después de su paso por Tercer Mundo, también le

entró al pasillo, aunque hay que decir que lo vuelve balada, lo aliviana, lo lleva al pop. El dúo de electrónica Esto es eso probó a mezclar pasillo con hip-hop, el resultado no convenció del todo ni a pasilleros ni a hoperos. Pancho Prado, sicólogo, cantante y lector de tarot, también ha hecho una versión propia, con resultado más feliz, del célebre *Lamparilla*, y tiene compuesto un "pasillo gótico" titulado, con algo de humor, *Vampiral*, al que Nelson Gar-



loco que ama y Los Iracundos? Más bien no, dijimos algunos. Y entonces Margarita Laso puso la letra y Álex Alvear la música para un *Sonando con Quito*. El Álex, desde su veta jazzera pero con hondo conocimiento y sentido musical, ofreció cuatro piezas del género en su disco dedicado a Quito, que ahora es inhallable.

Y la Rocola Bacalao se lanzó unito. Y Peko Andino, aún muy cerca de Sal y Mileto, compuso con el finadito Paúl Segovia el sarcástico *Mi vida es un*

**Carlota Jaramillo,  
'bendita' entre algunos  
íconos mayores  
de la música nacional.  
El flash pescó ojicerrado  
al 'Potolo' y sonreído a  
Danilo Miño Naranjo,  
serio a Gonzalo Benítez...**

cía, su antiguo colega en el grupo Umbral, le ha puesto los arreglos. Hay una cita cantinera, alcohólica y rocolera, del pasillo *Dissección* en la última película de Víctor Arregui, *Cuando me toque a mí*.

El caso más llamativo de la última hornada es, según este humilde cronista de *murcielagarios*, el de Domingo Cantinas. Se trata de un personaje creado por Mauricio Proaño, quien le ha escrito biografía y dice que fue una estrella rocolera de los ochenta, que

murió alcoholizado, dejando una obra deliciosa de pasillo sangriento y adolorido: “Mis amigos dicen que eres una puta/ yo creo solo que eres medio bruta”, dice uno de sus versos. El show de Domingo Cantinas ha tenido gran pegada, al punto que el investigador Proaño ha hallado más material desconocido de su músico imaginario, y el repertorio ya daría para hacer un LP con seis canciones por cara...

### Nunca se fueron, pero andan mal

El pasillo es como esos presos que salen tras años de cárcel y condena, a los que les cuesta volver a tener prestigio. La *high* plástica no lo vio más, pero muchos jóvenes sí le han parado balón y han querido enseñarle nuevos juegos. Pero, igual que el ex presidiario tiene sus fieles amigos, el pasillo de siempre nunca dejó de estar ahí.

El caso más emblemático es el de Paulina Tamayo, estrella de un show que comparte casi siempre con los Hermanos Núñez (un calco de los Miño Naranjo de hace 30 años) y, entre otros, con Olguita Gutiérrez, que fuera primera voz de Los Brillantes. En el diciembre de locos cuando escribo este artículo, sé que a ella le han amputado una pierna; que Eduardo Erazo, de Los Reales, falleció recientemente enfermo de cáncer; que Consuelito Vargas, la primorosa voz de ese trío (¿quién cantó mejor *Ángel de luz?*), anda también enferma...

Eso por no mencionar al maestro Gerardo Guevara, compositor académico, autor del pasillo *El espantapájaros*, que con las justas vive dignamente su vejez. Y va la cuña: el país regala casas y rentas a los deportistas, pero estas figuras cimbras de la música están por ahí, olvidadas como trastos viejos. ¿Qué les queda? ¿Cantar acaso el pasillo *Rebeldía*, de Ángel Leonidas Arau-



ARRIBA: El grupo Guardarraya chupa junto al guitarrista Mauricio Proaño, metido en su papel de Domingo Cantinas.

DER.: Patricia Rameix y el grupo Quimera le devolvieron gracia y elegancia al pasillo y facilitaron su redescubrimiento.

jo, y decir “Señor, no estoy conforme con mi suerte/ ni con la dura ley que has decretado./ Pues no hay una razón bastante fuerte/ para que me hayas hecho desgraciado”?

### ¿Cómo cantar hoy un pasillo?

Para los músicos Pedro Granda (1964), Mauricio Proaño (1975) y María Tejada (1976), lo importante es conocer el género. Saber qué mismo es el pasillo en lo rítmico, en lo armónico, en lo vocal... Comprender esa tradición para poder traerla al presente y darle valor de circulación, sin sacrificar su textura y estructuras propias.

“Lo importante es no imitar, sino buscar una interpretación propia”, dice Granda, quien lo ha logrado con su grupo, Quimera. Y apunta que es necesario, además de conocer el género y estudiarlo, tener una formación musical consistente.

Proaño la recibió, en su primera formación como guitarrista, de manos del maestro Terry Pazmiño (1949). Antes que Villalobos o Bach, Pazmiño le enseñó armonía y técnica a punta de



pasillo, que “tiene mucha exigencia técnica y expresiva para el guitarrista”. Recuerda que, en los años de formación, tocó “muchas formas virtuosas que eran endemoniadas”, por lo difíciles. En su disco *Alter ego* (2008) de guitarra sola se nota el fruto de ese esfuerzo. Ahí grabó el pasillo que hizo para la abuelita Lidia y otras piezas, de corte más contemporáneo.

A María Tejada el pasillo le permitía seguir cerca de su madre, aunque estuviera a un océano de distancia. Y quiere interpretarlo sin cargar las tintas en el dramatismo. “En el canon se fijaron los pasillos más tristes. A mí la música brasileña y el fado portugués me enseñaron a cantar suavemente”. Hay que conservar lo que aún funciona de la tradición y desechar lo que ya no.

Donald Régnier acota algo más: “La manera de cantar un género está conectada con la tecnología acústica y de amplificación de cada época. Es importante que la técnica evolucione”. No hace falta la uñeta ni la peinilla para tocar la guitarra en un auditorio moderno.

### Ser o no ser pasillero...

Pancho Prado (1964) se quita el casete de músico y se pone el de psicólogo. Desde ahí, dice que el pasillo es terapéutico, catártico. Se acuerda de su abuelo que tocaba pasillos para pasar la pena. “Te ayuda a confrontarte y a elaborar, en términos terapéuticos, el vacío, la soledad, el malestar. El pasillo sirve para procesar los duelos”. Aunque reconoce que hay una victimización del protagonista pasillero, su valoración es finalmente positiva.

Otro tanto le pasa al comunicador Ricardo Gutiérrez que dedica buena parte de su programa en Ecuashyri a difundir pasillos en versiones viejas y nuevas. “La vida moderna está hecha para los triunfadores, el mundo que se vende en los medios es el del éxito y la alegría del consumo. Con dos tragos se pierde la vergüenza y uno asume la vida como es, uno se asume como es”. Más allá de modas o grados de difusión, Gutiérrez cree que el pasillo “es parte del inconsciente colectivo nacional”.

Y eso, justo, es lo que le preocupa al Peko Andino (1965). Este “chulla posmoderno”, como se define en este diálogo, tiene con el pasillo la misma relación de amor-odio con el género. “Siempre lo consideré la banda sonora de un proyecto derrotista del cual no quiero ser parte. Pero aunque soy hincha de la Liga de Quito, no puedo dejar de admirar la hermosa posibilidad poética de ser, por ejemplo, hincha del Aucas”.

Lo que le parece terrible e imperdonable es que la música identitaria sea tan triste y trágica: “El pasillo es la amenaza de un potencial suicida que vacila, es la denuncia poética que el mestizo hace de su herencia, de su existencia, de su diferencia”. Y por allí afila los dardos, pues tal y como él lo lee, acá el mestizo es un ser sufriente, cuya respuesta al presente “siempre ha sido un lloriqueo”.

Pero eso es no poder ver la ternura que Gonzalo Benítez reivindicaba en los carajazos, que soltaba a cada rato: así como la violenta palabra rabiosa se había vuelto caricia, así el dolor pasillero es vehículo para la amistad y, sobre todo, para el amor. Porque es música, sobre todo, del anhelo de amar y ser amado. Conquistado ese lugar donde las *Sendas distintas* se cruzan, todo lo demás no importa nada. Como dicen en *Chorritos de luz*: “para morir juntemos la dicha tuya con mi dolor”.